

CUENTO: “INDELENDIA”

SEUDONIMO: A. Máximo

AUTOR: JULIAN GRANADO MARTINEZ

PAIS DE ORIGEN: ESPAÑA

PAIS DE RESIDENCIA: ESPAÑA

Pero, ¿dónde vas, muchacho? ¿Adónde te crees que vas, trepando sobre mis hombros?

Si continúas la escalada, terminarás por resbalar y partirte la crisma. Mira que este mármol es pulido como el vidrio. No en vano fue extraído, por deportados, de la veta más rica y profunda que se encontró en el yacimiento.

Una vez seleccionados, los mejores bloques serían enviados a la capital para destinarse a mi efigie, que se erigió en el centro de esta Gran Plaza del Pueblo, abierta al río. Y frente a él me instalaron, para ver pasar sus ondas por toda la eternidad.

Que por cierto ha sido efímera. Me inauguraron al tercer año de mi muerte, aprovechado para trasladar aquí los restos de *bélà Imre*¹. Pero sólo quince años después, con estos ojos de piedra vi navegar río abajo una barcaza en la que viajaban ocho o diez hermanas mías, de tamaño natural y en distintas poses. Todas compartiendo esa inclinación diagonal, tan distintiva de mis comparencias públicas, como si desafiara al tiempo o tirara de él.

¹ *El tío Imre*, apodo popular por el que era conocido el líder comunista Imre Dmitrov (1915-1975).

Así me echaba yo hacia adelante para arengar a las masas, y así me inmortalizaban esas estatuas menores. Habían presidido plazas de la Revolución, asambleas provinciales y tribunales populares, antes de ser adquiridas por un americano coleccionista de leyendas en trance de extinción. Protegidas de la lluvia por un toldo cochambroso, les chorreaba el agua por el mentón y les goteaba de la perilla.

Ya les habían cambiado el nombre del Padre de la Patria a incontables institutos, granjas, embalses, avenidas, factorías o incluso accidentes geográficos. Derogaron la Constitución que yo había promulgado, y se atrevieron a sugerir incluso que el Partido del Trabajo fuese declarado ilegal. Pero jamás creí que se atrevieran conmigo, el alma en piedra de la lucha y la emancipación.

Siempre traté de inculcarles a mis sucesores que, precisamente porque lo amamos y conocemos, no entendemos que el pueblo sea tan inteligente como lo consideran las democracias capitalistas. Carece, por ejemplo, de la capacidad de abstracción precisa para comprender una revolución. Eso es algo que nunca conseguiremos imbuirles a las masas, nos resignamos a manejar sucedáneos que, paradójicamente, nos suministra una fuente denostada como la religión. Previa sustitución del concepto de *divinidad* por el de *socialismo*.

Poco importan los medios, con tal de que los cultos revolucionarios también se articulen alrededor de un centro *litúrgico*. Como el reguero humano que a cualquier hora del día esperaba su turno para visitarme. Penetraban por una portezuela bajo mi nuez, flanqueada por los dos soldados que montaban guardia a la altura de mis yugulares. Eran obreros y campesinos que peregrinaban una vez en la vida, para pasar bajo la sombra terrible del hombre que, sin embargo, mejor entendió las limitaciones de

su pueblo. Esa inepticia, irremediable como la tierra arisca de este pobre país, que tanto esfuerzo reclama para el parco fruto que devuelve.

Por entonces los labriegos que venían a verme olían a tierra, y los porqueros a cerdos y los metalúrgicos a grasa. Nadie disimulaba su origen ni condición. Las clases se habían abolido, el igualitarismo era el patrón a seguir, y la estética de la multiplicidad estaba prohibida.

¡Qué distinta aquella pobre y noble gente de ti! Con esa ropa deportiva tres tallas mayor que tú, las voluminosas zapatillas que te habrás agenciado en el mercado negro y el reluciente casco rojo, apenas he podido identificar tu procedencia. Hasta que me he fijado en los aceitosos rizos de tu cabellera, y en tus ojos cenicientos y tus maneras sigilosas: tú eres un turco-albanés del Kratzevo.

Tus padres andaban desperdigados por el país, hostiles o ajenos a la Revolución. Para implicarlos en ella, el Comité Central decidió concentrarlos en la cuenca hullera. El trasplante demográfico fue arduo y complejo. Hubo influyentes líderes de la etnia que se declararon en rebeldía, otros que practicaron actos de sedición o sabotaje... A todos se fusiló, pero esas actividades retrasaron no poco la repoblación. Se hizo preciso construir pueblos enteros de naves comunitarias en las que alojar a aquellos turcos renuentes. Que rendían con baches periódicos y deliberados, a los que el Estado respondía con reducciones de la ración cárnica mensual.

He recordado el éxodo de los tuyos viéndote regresar a la capital de la que, ¡quién sabe!, tal vez partieras siendo muy niño aún. Ahora llegas masticando chicle y braceando como un negro del Bronx, los cascos en las orejas y el walkman a la cintura. Tú también soñarás con emigrar a América, claro...

¿Sabes? Yo, como tú, aprendí inglés por mi cuenta, y acudí a convenciones políticas que me permitieron conocer Roma, París, Londres, los placeres suntuarios de la Costa Azul... Incluso me invitaron a un pleno de las Naciones Unidas. Fue precisamente a mi regreso de Nueva York cuando decidí expulsar a los pocos embajadores occidentales aún acreditados en nuestra Patria, cerrando tras ellos las fronteras.

Tal vez sea por hacer méritos que, antes de intentar la aventura de la expatriación, te dispones tú a cumplir el encargo del actual gobierno. Han tenido que recurrir a un experto y resabiado dinamitero del Kratzevo para volar el recalcitrante busto de *bélà* Imre, último de los emblemas que quedan en pie de la tiranía.

A los mineros os faltó tiempo para promover los primeros disturbios cuando nos alcanzó el seísmo liberalizador de la *Perestroika*. Secundando a los polacos de Gdansk, os apresurasteis a fundar vuestro sindicato, a imagen y semejanza de *Solidarnosc*. Y envalentonados por las vacilaciones del pusilánime Mirov ², os sublevasteis ya sin tapujos contra el régimen socialista.

Los respetables políticos de nuevo cuño te envían ahora con esa mochila de cargas explosivas, que vas introduciendo en los poros de mi piel. Siempre al ritmo descoyuntado del break-dance, como un profesional carente de pasiones viscerales. Pero yo imagino que me odias de una forma imprecisa. En la misma medida que me temes, y por eso evitas encontrarte con mis ojos de basalto. Te sobrecoge el monstruoso crimen en que incurre todo iconoclasta.

² Petja Mirov, yerno de Dmitrov y sucesor suyo. Fusilado tras la insurrección anticomunista el 25 de diciembre de 1989.

Lo sé por propia experiencia. Yo profané muchas imágenes sagradas. La de un rey coronado, la de algunos sables presuntamente invictos, la de varios intelectuales en proceso de canonización... Y esa vesania iconoclasta, tan humana, me persigue ahora en la eternidad de la piedra. Siento como si fueran de barro mis cimientos, allí donde la urna contiene una momificada prolongación de lo que fui en vida. Y no me horrorizo por el dolor que ocasioné, no. Ni por la sangre que vertí... Sólo que no me deja morir del todo, para vivir en la perpetuidad incuestionable de las estatuas.

De hecho, creo experimentar más emociones ahora que no puedo expresarlas. Y eso, para una estatua, es una enfermedad. Tuve la impresión de padecerla cuando me percaté de que planeaban acabar conmigo, y la pena que eso me produjo no hizo sino confirmar el fracaso de mi condición marmórea.

El primero de los indicios premonitorios había sido la visita de Tibor Drusikja, mi fiel amigo Tibor, que me miraba compungido desde un costado de la plaza. Se juntó a su alrededor una congregación de viejos, y desplegaron una pancarta en la que se leía *“De malos patriotas es olvidar a sus héroes”*. Ese mismo día se reunió a mis pies una pequeña legión de obreros, con grúas móviles y maquinaria de transporte. Cual si me colocaran una camisa de fuerza, me lacearon con fuertes vientos de acero, y antes de que me diera cuenta estaban tirando de ellos. Querían despedazarme, destrozando lo que habían levantado piedra a piedra años atrás. Los neumáticos patinaban sobre los adoquines, mientras los motores resoplaban apurados al límite y yo me afianzaba con sorda rabia sobre el terreno. No sé si esto último influiría en la rotura final de los cables, que saltaron como cuerdas de violín segadas por una melodía enloquecida.

El tropiezo no los haría cejar en su acoso. Tampoco abandonaba el tenaz Drusikja. Parecido a mis estatuas que se deslizaron por el Danubio, se le veía hierático bajo la lluvia, la pechera constelada de medallas ganadas en la guerra de liberación. Siempre tocado con la boina que usó mientras luchaba a mis órdenes, en la que había un par de agujeros de bala.

Para la segunda tentativa echaron mano ya de los explosivos, si bien continuaban subestimando mi solidez. Distribuyeron por el mausoleo unos petardos parecidos a los que le arrojábamos al rey Paulus ³, ni siquiera comparables a los artefactos que explotaban al paso de los convoyes nazis. Como era previsible, lo único que consiguieron fue resquebrajar el basamento, convirtiéndome así en un coloso amenazado de ruina, pero ni mucho menos derribado en tierra.

El invierno siguiente fue tan conflictivo que me dejaron en paz una temporada. Un banco de concentración se declaró en quiebra, llevándose por delante los ahorros de los pobres. La gente defraudada exigió el linchamiento de los estafadores, amotinándose contra las autoridades. El presidente liberal Jristo Filipos fue acusado de connivencia con el negocio sucio. Y yo disfruté de una fría satisfacción, la de verles sufrir las mismas calumnias e infundios que ellos habían inventado contra mí después de muerto: que si era un erotómano patológico, que si tenía fabulosas cuentas secretas en Suiza, que si me hacía traer caviar importado y champán francés en los contados vuelos que aterrizaban en nuestro aeródromo...

Ante el clima creado de auténtica guerra civil, intervino un contingente de cascos azules, cuya presencia "neutral" abrió definitivamente las puertas al mercado

³ El rey Paulus II (1901-1980) fue el último monarca de la dinastía simeónida, liquidada tras la expulsión de los nazis.

occidental. A falta de banqueros profesionales pasaron a controlarlo las nuevas mafias de hampones y contrabandistas.

Los buitres del FMI serenaron la situación, imponiendo la política a seguir en lo sucesivo. Y entonces los renegados del comunismo volvieron a la carga contra *béla Imre*.

En el fondo no les faltaba razón, yo también perseguí a los enemigos de mi régimen con saña infinita y hasta las últimas consecuencias. Su anulación política no bastaba, era preciso liquidarlos físicamente. Y aun así tampoco desaparecían por completo, les sobrevivían sus familiares dolidos, sus amigos rencorosos, sus partidarios, y uno a uno había que suprimirlos. Al tiempo que su nombre, multiplicado por las esquinas del país, los documentos oficiales, los textos escolares... Un trabajo ímprobo, a cada paso asaltado por el fantasma fotográfico de su imagen en los archivos. Había que borrarla de todos. Aunque, incluso sin nombrarlo ni verlo retratado, siempre podía haber alguien pensando en él.

Como ocurrió con Barheim ⁴, que yo creí definitivamente olvidado y ahora resurgía de sus cenizas, calificado como "el primer demócrata inmolado en las purgas de la era aciaga". Antes de ajusticiarlo, me remitieron una foto suya en el campo de internamiento. Se parece a mi hija y a Mirov, cuando los cazaron en Slavja y se apresuraron a tomar aquella instantánea de la humillación que le daría la vuelta al mundo. Próceres caídos en desgracia. Deslumbrados por el flash que congela esa

⁴ Ambrose Barheim, estrecho colaborador de Dmitrov, hasta ser ejecutado por desviacionismo en 1957.

expresión implorante de canallas arrepentidos, compuesta a instancia de los torturadores.

Al igual que tantas otras, esas muertes las ocasioné yo. La de mi antiguo camarada Barheim firmando sin vacilar la sentencia. Las de mi yerno e hija indirectamente, sus verdugos se ensañaron con ellos porque ya no podían hacerlo conmigo. Sin embargo, eran muertes ineludibles que reclamaba la pira de la Historia. En cambio, la que más iba a afectarme sería la de mi amigo Tibor. Una muerte inútil y estúpida, ocurrida en plena calle durante los tiroteos del pasado invierno. Un francotirador desesperado se sintió atraído por aquel montón de condecoraciones, alguna quizás de oro, y disparó a la cabeza para no manchar de sangre la mercancía. El tercer agujero de la boina, después de tanto falso aviso, fue el mortal.

Carentes pues de cabeza dirigente, los comunistas seniles no vienen ya con su pancarta a darme ánimos. Me encuentro solo frente a este cachorro de barrenero turco-albanés, que va escalando mi frondoso bigote, minando mis orificios... Sin una clara noción del alcance incalculable que tiene su acto de demolición.

Y es que los jóvenes ignoran la real magnitud del pasado, no hay crónica que se lo cuente exactamente. De hecho lo joven y lo viejo son trayectorias destinadas a colisionar, porque ambas concepciones tienen razón a su manera. El error de Gorbachov y los suyos consistió en creer que estaban equivocados, que la razón pertenecía a los jóvenes y había que dársela sin más.

Me pregunto por la cuota de razón que correspondía a los viejos y sanguinarios ministros del rey Paulus, y que les negamos los jóvenes comunistas de entonces. O por la que asistiría a los jóvenes disidentes del 60, ésa que sojuzgaron mis viejos y sanguinarios tribunales políticos.

Ahora recorro con la mirada el extenuante perímetro de esta gran plaza que ya no es la del Pueblo. Una de tantas cosas que han cambiado. Como si el propio aire hubiera modificado su composición hasta hacerse irrespirable para mis amigos, desaparecidos todos.

Diviso, eso sí, el edificio del sanatorio en la otra orilla. Realmente una residencia de acogida para antiguos cuadros del Partido, amenazados por la indigencia, los achaques o los ajustes de cuentas. En una modesta alcoba de la primera planta vive aún Zina ⁵. Por las mañanas, con un chal sobre los hombros, se asoma a la ventana para comprobar mi estado. La siento murmurar para sí las recomendaciones que toda la vida estuvo haciéndome, acerca de mi atuendo, de las decisiones a adoptar, de las deslealtades que se fraguaban en mi entorno... Resulta curioso que un hombre como yo se plegara al trato maternal que me dispensaba mi compañera. Ahora tiene noventa años, el mal de Parkinson y un atroz reumatismo, pero no ha perdido su firmeza de carácter. Hace pocos años una horda de desalmados, enloquecidos por la escasez de alimentos, trató de asaltar la residencia. Sin amilanarse, la vieja Zinaida organizó la defensa. Los ancianos se atrincheraron tras las ventanas, y ella misma asomó los cañones de una escopeta y comenzó a disparar andanadas, a las que el temblor del pulso hacía imprevisibles.

Zina y yo nos hallamos aún bajo los efectos de la sorpresa que nos produjo el derrumbamiento de nuestro mundo. Cayó como un castillo de naipes, sin lucha, sin anuncios y sin condiciones. Y eso no lo podemos entender. Lo que nos define a los comunistas es nuestra capacidad de resistencia. No del todo meritoria, pues consiste en

⁵ Zinaida Berdipsova, esposa de Dmitrov, declarada en vida Madre de la Patria.

una imposibilidad de rendición, ya sea a las abrumadoras evidencias como a la superioridad numérica del enemigo. Sabíamos de antiguo que nuestro entramado hacía agua, que había cuadros corrompidos e imponderables de la naturaleza humana que la pedagogía socialista no lograría corregir. Y aun así, nosotros no habríamos entregado sin más la nave del Estado popular, como ha hecho esa troupe de revisionistas vendidos a la *Glasnot*. Igual que los comunistas de antes, Zina y yo esperamos la segura muerte, sólo es cuestión de tiempo. Pero no sabemos dejar, cruzados de brazos, que nadie nos mate.

Bajo el párpado derecho tengo una cicatriz, que me produjo una esquirla cuando la voladura del cuartel de la Gestapo. A Zina le gustaba tocar el diminuto fragmento aún sepultado bajo la piel, como jugando con su forma. Hizo que el hoyuelo fuese respetado por mi escultor Dervashe, con el cual acordó que instalara en la obra una serie de trampas, inspiradas en la maldición piramidal de los faraones. A Dervashe se le prometió y de hecho se le entregó un pasaporte, aunque lo que sabía obligara a detenerlo en la frontera, por intento de fuga, y a ejecutarlo por ello.

Es curioso, tanto el hombre que me construyó como el que se propone destruirme se muestran igualmente fascinados por la idea de salir al extranjero. Aún es más curioso que, sin ser especialista en minas explosivas, el primero preparase una para el segundo. El cual, quizás porque se sabe experto en demoliciones, escala el monumento con la despreocupación del que lo cree un vestigio de la opresión, ya inofensivo.

El barrenero del Kratzevo quiere alcanzar el ojo derecho para instalar allí un estratégico cartucho de trilita. Por fuerza tendrá que apoyar un pie en ese costurón de piedra, imitación de un chirlo que tendría el tirano en vida.

Zina se asoma a la ventana, quizás para despedirse de otra parte mía, mi cuenca orbitaria. Que saltará por los aires junto con el turco-albanés, después de que introduzca la zapatilla en la herida de guerra, activando el detonador camuflado desde hace años, que sonará ¡clic!